



UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

La geopolítica global y su impacto en la guerra de Yemen

Estudiante: **Sofía Bergareche Rubio**

Director: Natalia Millán Acevedo

Madrid, Abril 2019

Resumen

El objetivo de este trabajo es examinar el impacto de la geopolítica mundial en la guerra civil de Yemen, un conflicto silenciado que en 2018 cumplía su tercer aniversario. Para ello se estudiará en profundidad el orden mundial actual, marcado por el fin de la unipolaridad de EE.UU. y el resurgimiento de China y Rusia como nuevas superpotencias. Igualmente, se analizará la presencia de estos actores en Oriente Medio, región de suma importancia económica y estratégica. Con el respaldo de EE.UU., Arabia Saudita continúa su lucha contra Irán por el dominio regional. No obstante, la alianza entre Irán, Rusia y China altera de nuevo el balance de poder. El resultado: un Oriente Medio cada vez más fracturado. Así, esta investigación pretende estudiar los principales intereses geopolíticos de los estados previamente mencionados y, eventualmente, su influencia en la guerra de Yemen.

Palabras clave: geopolítica, conflicto, orden mundial, Oriente Medio, Yemen

Abstract

The aim of this paper is to examine the impact of global geopolitics in Yemen's civil war, a silenced conflict that in 2018 reached its third anniversary. For this we will study in depth today's global order, marked by the end of USA's unipolarity and the resurgence of China and Russia as new superpowers. Moreover, we will analyse the presence of other actors in the Middle East, a region of great economic and strategic importance. With US backing, Saudi Arabia continues its fight against Iran for regional dominance. Nevertheless, the alliance between Iran, Russia and China again alters the balance of power. The result: an increasingly fractured Middle East. Thus, this research aims to study the main geopolitical interests of the previously mentioned states and, eventually, their influence on the war in Yemen.

Key words: geopolitics, conflict, global order, Middle East, Yemen

Índice de Contenido

1. Introducción.....	5
2. Objetivos y preguntas	7
3. Metodología	9
4. Estado de la Cuestión.....	11
4.1 Geopolítica de los conflictos: una mirada transnacional.....	11
4.2 Estructura y evolución del sistema internacional.....	12
4.2.1 Guerra fría y sistema bipolar.....	13
4.2.2 La era del dominio unipolar	13
4.2.3 Hacia un orden multipolar.....	15
5. Marco Teórico	17
5.1 Geopolítica y poder en relaciones internacionales.....	17
5. 2 Agenda Dura y Agenda Blanda.....	19
5.3 El conflicto internacional en la zona gris.....	20
6. Análisis Práctico	22
6.1 La geopolítica de EE.UU., China y Rusia en Oriente Medio.....	22
6.1.1 EE.UU. y Oriente Medio.....	22
6.1.2 China y Oriente Medio.....	23
6.1.3 Rusia y Oriente Medio	24
6.2 La geopolítica de Arabia Saudí e Irán.....	24
6.2.1 Alianza Arabia Saudí- EE.UU.	26
6.2.2 Alianza Irán-Rusia-China.....	28
6.3 El caso de Yemen.....	30
6.3.1 Contextualización del conflicto.....	30
6.3.2 Intervención saudí e iraní en Yemen.....	31
6.3.3 Intervención de potencias mundiales en Yemen.....	33
7. Conclusión.....	36
8. Bibliografía	39

Índice de Gráficos

Gráfico 1: Reparto mundial de las importaciones de armamento	26
Gráfico 2: Reparto mundial de las importaciones de armamento.....	29
Gráfico 3: Principales proveedores de armamento de Arabia Saudí.....	34

1. Introducción

El escenario internacional ha cambiado sustancialmente en las últimas décadas. Durante gran parte del siglo XX, el sistema internacional se caracterizó por el dominio de la Unión Soviética (URSS) y los Estados Unidos (EE.UU.), que, con sus respectivas áreas de influencia, gobernaban globalmente y mantenían un equilibrio de poder. Más tarde, la caída de la URSS dejó a EE.UU. como única potencia global, que consolidó su hegemonía en un sistema entonces unipolar. No obstante, a medida que nos adentramos de manera acelerada en el siglo XXI, esta unipolaridad parece estar resquebrajándose. EE.UU. compite ahora frente a nuevos actores que han desarrollado capacidad suficiente para contrapesar su rol en el dominio internacional. Además, la consolidación de potencias emergentes ha modificado también el mapa geopolítico y por tanto la distribución de poder. Así, el orden mundial actual ha pasado a caracterizarse por una multipolaridad compleja, donde varios estados lideran el juego internacional ejerciendo todos distintos tipos de poder.

En esta nueva dinámica global, es esencial comprender las ambiciones geopolíticas de los estados con mayor peso en el ámbito global. El sistema internacional se caracteriza por la interacción entre los distintos actores que lo conforman, si bien la naturaleza de estas relaciones viene en gran parte determinada por los intereses geopolíticos de cada estado. Ciertamente, cada país tiene unos objetivos globales que van a definir tanto sus alianzas como sus enfrentamientos con otros actores. En este sentido, la agenda internacional de EE.UU, Rusia y China, actualmente principales potencias mundiales, está efectivamente determinando las relaciones de poder allá donde se esfuerzan por expandir sus áreas de influencia.

Un claro ejemplo es el de Oriente Medio, que ha suscitado el interés de estos tres actores. Su localización geoestratégica y su riqueza en recursos energéticos han posicionado al Medio Oriente como una región de sumo atractivo para las potencias internacionales, que han desarrollado una serie de intereses en la zona. Así, EE.UU., Rusia y China han desarrollado relaciones y acuerdos con las principales potencias emergentes de Oriente Medio. En efecto, así como a nivel global hay una serie de estados que lideran el panorama internacional, a escala regional también hay actores con una mayor influencia, y de nuevo, sus objetivos geopolíticos definen las interacciones en la región. Sin embargo, estos acuerdos entre potencias regionales y globales están alterando el equilibrio de poder en una región que ya es de por sí altamente inestable.

Oriente Medio es un espacio convulso, azotado por conflictos religiosos y territoriales y en esencia por rivalidades regionales. Concretamente, Arabia Saudí e Irán son las dos potencias hegemónicas de la región. La relación entre ambos estados está marcada por el antagonismo ideológico y el enfrentamiento geopolítico en una lucha por el predominio regional. De este modo, Arabia Saudí e Irán están orientando sus esfuerzos a expandir sus áreas de influencia, apoyando por ejemplo a grupos políticos en distintos estados o incluso alimentando conflictos en donde participa el país rival. Un claro ejemplo es el caso de Yemen, sumido desde 2015 en una guerra civil donde cada uno de los bandos cuenta con el respaldo de Arabia Saudí e Irán, que se han involucrado en el conflicto guiados por sus intereses geopolíticos.

Sin embargo, la influencia de estos dos estados tiene una repercusión mayor dado el apoyo internacional con el que cuentan. Por una parte, Arabia Saudí ha establecido una alianza política y económica con EE.UU., lo que le permite contener a Irán. Por otro lado, Irán ha establecido lazos con Rusia y China, lo que favorece entonces la posición del gobierno iraní. Paralelamente, estos recursos les permiten seguir afianzando su influencia en conflictos como el de Yemen, que debe por tanto entenderse desde una mirada transnacional, pues, aunque se trata de una guerra civil cada bando está respaldado por actores regionales, que a su vez cuentan con el apoyo de potencias globales, todos ellos motivados por lo que cada actor entiende como su “interés nacional”. Así, las ambiciones geopolíticas de los estados en cuestión están cambiando las reglas del juego y las relaciones de poder en Oriente Medio, y eventualmente, están afectando al desarrollo de distintos conflictos internos.

Teniendo en cuenta lo expresado hasta el momento, a continuación se estudiará en profundidad cómo la geopolítica global ha tenido impacto en la guerra civil de Yemen, pues la posición estratégica del país lo ha convertido en un punto de interacción clave entre potencias regionales e internacionales. Ciertamente, en Yemen convergen los objetivos geopolíticos de Arabia Saudí, Irán, EE.UU., Rusia y China. De este modo, se comenzará estudiando brevemente la naturaleza de los conflictos internacionales, tras lo cual se hará un breve recorrido histórico para analizar la evolución del orden mundial. Más adelante, se presentarán algunos de los principios que guían las relaciones de poder y la política internacional de los estados. Por último, se analizará en profundidad el rol de EE.UU., China y Rusia en Oriente Medio, el sistema de alianzas establecido con Arabia Saudí e Irán y finalmente, su impacto en la guerra civil de Yemen. Con todo ello, expondremos las principales conclusiones obtenidas.

2. Objetivos y preguntas

Este trabajo busca exponer la influencia que ejercen las principales potencias mundiales en el sistema internacional actual y concretamente el impacto de sus intereses geopolíticos en la guerra civil de Yemen. La geopolítica es esencial para entender el sistema internacional y por ello hay que comprender cómo define las alianzas internacionales. En este sentido, es interesante analizar el caso de Yemen, por ser un enclave estratégico en Oriente Medio donde convergen los intereses de distintos actores mundiales.

Lo cierto es que a lo largo de la historia intereses geopolíticos han impulsado grandes cambios, han llevado a países a la guerra y determinado cuáles se convertirían en grandes potencias y cuáles no. En efecto, las grandes potencias han llegado a recurrir a conflictos armados para establecer zonas de influencia o incluso para garantizar la perennidad de un determinado orden mundial. Con todo ello, este estudio pretende responder a un primer interrogante: ¿Cómo afectan las relaciones de poder y el marco geopolítico en los conflictos?

Por otro lado, habría que entender que los intereses políticos, económicos y militares de los principales actores se enmarcan en un panorama internacional en constante evolución. La posición hegemónica de EE. UU. se encuentra amenazada por el resurgimiento de China, que se alza hoy como nueva potencia mundial. Además, el gigante asiático camina de la mano del presidente ruso, Vladimir Putin. Ambos gobiernos buscan forjar una relación bilateral estratégica ante el proteccionismo y unilateralismo de EE.UU.. Así, con este trabajo se pretende además analizar la siguiente cuestión: ¿Qué actores lideran el panorama internacional y cómo está cambiando el orden mundial?

Concretamente, en uno de sus intentos por encabezar el nuevo orden mundial, las potencias mencionadas están dejando su huella en Oriente Medio, región de suma importancia económica y estratégica. La presencia de EE.UU. en la zona ha sido notable desde el pasado siglo. Sin embargo, hoy China y Rusia se esfuerzan también por afianzar su influencia en la región, no solo con proyectos e inversiones petroleras, sino además mediante la venta de armas e intervenciones militares. Por ello, otro objetivo es

estudiar el siguiente punto: ¿Cuáles son los intereses de EE.UU., Rusia y China en Oriente Medio?

Del mismo modo, las agendas de estas potencias están influyendo directa e indirectamente en las relaciones de poder de la región. Los conflictos territoriales y religiosos en la zona han convertido al Medio Oriente en un espacio convulso, azotado por rivalidades regionales. En efecto, Arabia Saudí e Irán compiten por la supremacía en Oriente Medio. No obstante, cada una de ellas lidera una coalición internacional. Con el respaldo de EE.UU., Arabia Saudita continúa su lucha contra Irán por el dominio regional. No obstante, la alianza entre Irán, Rusia y China altera de nuevo el balance de poder. De esta forma, con este trabajo atendemos a otros dos puntos. Por un lado, entender los objetivos regionales de Arabia Saudí e Irán. Por otro lado, identificar los elementos fundamentales que explican la relación entre estas dos potencias regionales y EE.UU., Rusia y China.

Estas relaciones de interés han derivado en inestabilidad política y social, terrorismo y guerras armadas, entre las que destaca la guerra civil de Yemen. Sin embargo, a pesar del alto número de víctimas el conflicto ha recibido una atención escasa. Es más, la comunidad internacional apenas ha denunciado la guerra yemení. Esta cuestión se puede entender estudiando la agenda de prioridades de los países involucrados. Esto es, los actores pueden seguir una política “dura”, que remite a los intereses económicos y a los temas de seguridad, o una política “blanda”, relacionada con el desarrollo humano y la promoción de la paz (Millán, Santander, Aguirre, & Garrido, 2012). Así pues, este estudio plantea otras dos cuestiones: ¿Cuál de las dos agendas ha sido prioritaria en estas relaciones? ¿Qué factores explican la pasividad del sistema internacional?

Por último, como se ha mencionado Yemen es un enclave estratégico en estas relaciones de poder y por ello resulta interesante analizar la importancia del país. No obstante, es imperante remarcar que la siguiente investigación no va a analizar las causas, desarrollo y consecuencias de la guerra civil de Yemen, sino su relevancia como resultado directo de la posición estratégica de las potencias mundiales y regionales. Así, este estudio se centrará en el conflicto yemení por ser un punto de interacción entre todos los actores internacionales previamente mencionados. De este modo, el objetivo último de este trabajo es desarrollar un marco analítico que describa la geopolítica global, los actores involucrados y finalmente su influencia en la guerra civil de Yemen.

3. Metodología

Para alcanzar los objetivos expuestos se empleará una metodología cualitativa, para lo que utilizaremos fuentes tanto primarias como secundarias. Asimismo, dado que este trabajo se centra en la geopolítica global actual, se llevará a cabo un estudio de caso. Éste se ha identificado como un modelo de investigación adecuado a la hora de recopilar información en contextos contemporáneos. De este modo, centraremos nuestro análisis en la guerra civil de Yemen, ya que es un enclave estratégico en el que convergen los intereses de distintos actores regionales y mundiales y por tanto se presenta como una opción adecuada para nuestra investigación. Una vez seleccionado el caso, se han determinado una serie objetivos, preguntas de investigación y proposiciones teóricas. Éstas servirán de punto de partida a la hora de recopilar los datos y para el posterior análisis de los mismos, pues contienen los constructos a partir de los cuales es necesario recolectar información.

Para la localización de fuentes y recolección de la información, se ha llevado a cabo una revisión de la literatura utilizando bases de datos como Google Scholar y EBSCO host, con el fin de obtener acceso a información previamente estudiada, recogida tanto en libros como informes, revistas o periódicos académicos. Para realizar esta búsqueda se han utilizado palabras clave como “geopolítica”, “orden mundial”, “sistema internacional”, “Oriente Medio” etc. Igualmente, no se ha fijado ninguna fecha límite ya que muchos artículos publicados hace tiempo contienen información relevante para analizar los cambios en el sistema internacional o para enmarcar de forma teórica el tema en cuestión. No obstante, para analizar el orden mundial actual han sido necesarios estudios más recientes y por ello se han tenido más en cuenta los artículos publicados a partir del 2005.

De este modo, este trabajo se basa en estudios principalmente académicos que abordan el tema central: algunos más históricos, que harán especial referencia a las relaciones de poder que se han ido formando a lo largo de los años, la evolución del sistema internacional, de la influencia externa en Oriente Medio y el contexto político, económico y social de la región; y otros más teóricos, en los que se desarrollan conceptos como geopolítica, interdependencia del sistema internacional o la naturaleza de las relaciones entre estados. Además, al tratarse de una cuestión actual y en constante evolución, se trabajará también con los principales medios masivos de información, concretamente con noticias y artículos de prensa. No obstante, se utilizarán métodos

objetivos de búsqueda por lo que se interpretarán los datos en base a pruebas y hechos y no en opiniones o información subjetiva. En cualquier caso, se cumplimentará el principio de triangulación, sintetizando y comprobando la validez de toda la información recopilada para garantizar la validez de la investigación. En efecto, será esencial verificar si los datos obtenidos desde diferentes perspectivas o fuentes de información convergen entre sí.

Una vez recogidos los datos, se analiza el caso de Yemen primero desde una perspectiva global para luego seguir con un análisis más concreto. Es decir, se estudia primero los intereses geopolíticos de los actores globales, a nivel mundial y luego a nivel regional, seguido de los intereses geopolíticos de los actores regionales, en Oriente Medio y finalmente en Yemen. Además, se analiza el caso de forma inductiva guiados por la literatura expuesta en el marco teórico de la investigación. Es decir, se obtienen conclusiones generales a partir de premisas particulares. Ciertamente, a partir del análisis de la información y de su confrontación con las proposiciones teóricas, se establecen las conclusiones generales del trabajo, sus repercusiones y la posibilidad de extrapolarlas a otros contextos.

4. Estado de la Cuestión

4.1 Geopolítica de los conflictos: una mirada transnacional

Para estudiar en profundidad el caso de Yemen, es necesario comprender primero la naturaleza del sistema internacional en el que se enmarca y sus engranajes. Igualmente, requiere entender la importancia de la geopolítica en el estudio de un conflicto y su validez como perspectiva de análisis adecuada.

Así pues, de acuerdo con Korany (1984), si hay un concepto capaz de unificar el análisis en relaciones internacionales es el de sistema internacional, que define como el conjunto de interacciones entre los diferentes actores internacionales. En efecto, el sistema internacional se constituye por una serie de actores, cuyas relaciones producen una configuración de poder dentro de la cual se genera una red compleja de interacciones (Barbé, 2007). Siguiendo a Hocking y Smith (1990), estas interacciones se entienden como procesos políticamente relevantes de intercambio y comunicación entre actores, que pueden derivar bien en conflicto, bien en cooperación.

Así, las guerras o conflictos se identifican como tipos fundamentales de interacción básica. ¿Pero porqué la Geopolítica es una herramienta clave para estudiar un conflicto bélico? Para responder a este interrogante es necesario entender ambos conceptos. Por un lado, la geopolítica puede definirse como la influencia de los factores geográficos en el desarrollo político de los estados (Cuéllar Laureano, 2012). Grautoff y Mirando (2009) van más allá y definen la geopolítica como una ciencia que estudia cómo un país tiene capacidad de influenciar y no dejarse influenciar por otros Estados. Así, establecen que “su acervo se sustenta en el uso de la historia, geografía, política y estrategia, tiene como objetivo entregar a los formuladores de política pública herramientas que permitan establecer la forma de alcanzar los objetivos de interés nacional”. (Grautoff y Mirando, 2009, p.22)

Por tanto, la geopolítica está ligada tanto a los factores geográficos como a la búsqueda del interés nacional, que suele responder a intereses de seguridad, económicos, energéticos y de poder (Herrero de Castro, 2010). Paralelamente, es la búsqueda de estos objetivos y la manera en la cual el estado busca alcanzarlos la que puede derivar en un conflicto armado. Ciertamente, la guerra forma parte de la actividad política de un estado (Cairo, 2002). De acuerdo con Guerrero Sierra (2012), en los conflictos interestatales se encuentran en pugna distintos intereses nacionales, como el acceso a un determinado recurso o privilegio o la apropiación de una escala de valores.

Por otro lado, los conflictos armados implican igualmente una conducta territorial, no solo porque tiene lugar en un conjunto espacial concreto, sino también porque en esa pugna de intereses el estado suele tener como objetivo controlar la totalidad o parte del territorio del adversario (Cairo, 2002). Es por tanto este carácter político y territorial de las guerras lo que hace que la Geopolítica sea una perspectiva de estudio apropiada.

Por tanto, vemos que los conflictos internacionales pueden definirse en base a la geopolítica global. Para comprender la naturaleza de estos conflictos primero es necesario entender que existe una interacción entre actores internos y externos. Esta interacción está relacionada con la globalización y la interdependencia propia del contexto internacional actual. El acelerado desarrollo económico, social, científico-técnico y comunicacional, y sus flujos a través de las fronteras nacionales, ha derivado en un creciente fenómeno de interdependencia entre actores (Ramírez Moreno, 2006). Es por ello esencial analizar dicha interrelación, que vendrá en gran parte determinada por los intereses geopolíticos de los actores involucrados.

De este modo, el análisis de un conflicto armado en el que intervienen distintos actores requiere una mirada transnacional. El caso de Yemen, en concreto, requiere inevitablemente una aproximación multinivel, pues aunque se trata de una guerra civil, cada bando cuenta con el apoyo de potencias regionales, Arabia Saudí e Irán, que a su vez están respaldadas por potencias internacionales como EE.UU. y Rusia. Para comprender el conflicto, por tanto, hay que entender este sistema de alianzas entre las partes involucradas. Para ello, se estudiará a continuación la evolución y la estructura del sistema internacional actual, pues una guerra no puede comprenderse al margen del orden mundial en el que se desarrolla.

4.2 Estructura y evolución del sistema internacional

El ámbito de la geopolítica está sujeto a constantes alteraciones, pues los actores y el escenario internacional cambian a menudo. Ciertamente, las reglas del juego y las relaciones de poder han evolucionado drásticamente en las últimas décadas. De este modo, se hará a continuación un breve recorrido histórico por las distintas etapas que han determinado la estructura del sistema internacional desde mediados del siglo XX hasta la actualidad.

4.2.1 Guerra fría y sistema bipolar

Hasta 1945, el equilibrio de poder entre varias potencias constituía el mecanismo estabilizador del sistema (Barbé, 2007). No obstante, el fin de la Segunda Guerra Mundial dio paso a un nuevo sistema internacional que rompía con la lógica previa: EE.UU. y la URSS se alzaban como nuevas superpotencias en un mundo ahora bipolar. En este caso, el sistema quedó dividido en un bloque socialista, liderado por la Unión Soviética, y un bloque capitalista, liderado por los Estados Unidos, ambos responsables de mantener el equilibrio principalmente mediante la disuasión nuclear (Barbé, 2007). En efecto, la Guerra Fría se caracterizó por la convergencia más que por la confrontación total, pues de acuerdo con Patiño Villa (2011) “se impuso un modelo de gobernabilidad internacional basado en el realismo como consideración básica de los problemas internacionales” (p.38).

Aun así, esta época se caracterizó por una lucha constante entre EE.UU. y la URSS por mantener su posición. Ciertamente, la competición por mantener o alterar la jerarquía de poder era la base de interacción entre ambos actores y generó indirectamente conflictos militares (Wohlforth, 2009). Aunque la Unión Soviética era igual o superior a Estados Unidos en cuanto a capacidad militar e industrial, EE.UU. dominaba otras categorías de poder. Así, el deseo de conseguir una paridad real con Estados Unidos condicionó claramente la política exterior de la URSS, que se esforzó por expandir sus esferas tradicionales de influencia (Wohlforth, 2009).

Con ello, la URSS emprendió nuevas actividades en el Tercer Mundo. No obstante, la creciente participación de los soviéticos en el Tercer Mundo intensificó la rivalidad entre ambos bloques, que terminaron involucrándose en costosas disputas militares en distintos países en desarrollo. De este modo, ambos gobiernos intervinieron en conflictos internos de terceros estados por esa búsqueda de status. Es posible pensar entonces que los actores externos involucrados en la guerra civil de Yemen estén siguiendo esta misma lógica.

4.2.2 La era del dominio unipolar

La disolución de la Unión Soviética desencadenó varios escenarios inmediatos, pero principalmente dejaba a los EE.UU. como superpotencia mundial, con un poder de decisión y acción inconmensurables (López Villafañe, 2005). Esto supuso una paradoja geopolítica: por un lado, EE.UU. podía aprovechar su posición dominante para convertirse en gobierno global. Por otro lado, podían recuperar su posición aislacionista,

dado que la caída de la URSS suponía el fin de la amenaza militar y por tanto, el inicio de un periodo de prosperidad y paz internacional (Patiño Villa, 2011). No obstante, los problemas en Afganistán, el creciente terrorismo transnacional y otra serie de conflictos internacionales comenzaron a amenazar el panorama de optimismo y paz global. Todo ello, junto con la desastrosa intervención de EE.UU. en Somalia (1993-1995), llevó al gobierno de Clinton a privilegiar la política interna sobre las demandas de la política internacional.

De este modo, los EE.UU. adoptaron una posición aislacionista en el panorama internacional. La falta de voluntad política en la resolución de conflictos internacionales generó una creciente pérdida de credibilidad en las instituciones del sistema (Urdiales Viedma, 2008). Así pues, el tránsito de gobierno en Estados Unidos en el año 2000 se caracterizó por una gran expectativa internacional. Sin embargo, lejos del aislacionismo previo, la llegada de George W. Bush a la presidencia abrió una etapa que puede caracterizarse como la doctrina de las guerras preventivas contra los focos terroristas (López Villafañe, 2005).

El nuevo gobierno estadounidense reafirmó un unilateralismo radical, que no incluía posiciones de negociación ni dejaba espacio para políticas consensuadas (Rojas Aravena, 2002). Así lo confirmaban la decisión de EE.UU. de atacar Afganistán después de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, o la decisión de invadir Irak en 2003, sin la aprobación de la ONU y con la oposición de muchos otros estados en todo el mundo. La unilateralidad estadounidense demostraba que las antiguas estructuras políticas del sistema de poder internacional habían sido sobrepasadas por una nueva realidad (López Villafañe, 2005). Mientras tanto, la dimensión de los ataques terroristas del 11-S y la resistencia del Medio Oriente a la política estadounidense destapaban una nueva realidad geopolítica (Patiño Villa, 2011).

Eventualmente, la hegemonía estadounidense comenzó a resquebrajarse. Estados Unidos perdió fuerza tras las guerras de Afganistán e Irak, pues aunque venció militarmente al ejército iraquí y consiguió derrocar al dictador Saddam Hussein, no fue capaz de contener la violencia y la nueva insurgencia que apareció con la desmovilización de las fuerzas armadas iraquíes (Patiño Villa, 2011). Así, EE.UU. perdió credibilidad e influencia. Además, el deterioro de su influencia fue acompañado por el deterioro de su posición económica (Schnake Gálvez, 2010). Estados Unidos empezó a registrar déficit frente al poder global que se suponía que ejercía y gestó una crisis económica que no tardó en expandirse al resto del mundo. Igualmente, el gobierno

de G.W. Bush aumentó la dependencia financiera norteamericana de otros competidores internacionales, como Japón o China. Así, fueron surgiendo nuevas competencias geopolíticas, menos dirigidas a una hegemonía global y más centradas en escenarios regionales concretos (Patiño Villa, 2011).

Por tanto, la hegemonía unipolar y potencia global de EE.UU. no fueron suficientes para instaurar un nuevo orden internacional bajo su liderazgo. Más bien, su posición unilateralista y su incapacidad de resolver los grandes problemas políticos y económicos del mundo abrieron una competencia geopolítica donde han aparecido un nuevo grupo de grandes potencias que, de nuevo, ha alterado por completo la estructura del sistema internacional (Patiño Villa, 2011).

4.2.3 Hacia un orden multipolar

Los ataques terroristas del 11S, la crisis económica mundial y concretamente, el surgimiento de nuevas potencias han tenido tales repercusiones geopolíticas que han trastocado el orden mundial que caracterizó los años noventa. Así, se ha llegado a catalogar el actual panorama internacional como una multipolaridad compleja (Schnake Gálvez , 2010). Autores como Gil Pérez (2013), Mahbubani (2018) o Palacios (2011) consideran que el sistema está siendo testigo de un acelerado desplazamiento de poder de Occidente a Oriente. Principalmente, hay que destacar la consolidación de China como potencia internacional, posicionándose como segunda economía mundial y por tanto principal rival de los Estados Unidos (Schnake Gálvez , 2010). Igualmente, es esencial distinguir el resurgimiento de Rusia como actor global, pues de nuevo pone en entredicho el predominio unipolar de EE.UU.. El gobierno de Putin volvió a recuperar posición en el escenario internacional al oponerse de forma férrea a la intervención militar en Irak. Aunque no logró impedir la invasión, fueron claras las expresiones de que Rusia retomaba el liderazgo regional (Schnake Gálvez , 2010). Por último, el ascenso de otras potencias emergentes como India, Irán o Turquía, ha modificado también el esquema geopolítico y económico y por tanto, la distribución internacional de poder (Palacios, 2011).

Con ello, hay quienes dividen el mundo actual en tres campos formados alrededor de tres grandes imperios, EE.UU., la UE y China, que tratan de moldear el mundo en base a sus intereses y compiten entre sí para expandir sus áreas de influencia (Khana, 2008). Por otro lado, Haass (2008) señala que las relaciones internacionales del siglo XXI se caracterizan por la no polaridad: un mundo dominado no por uno o dos

estados, sino por docenas de actores que poseen y ejercen diversos tipos de poder. En esta línea, hay quienes entienden el sistema internacional actual como una compleja articulación de actores que interactúan en varios niveles. En un primer nivel operan un conjunto de instituciones internacionales lideradas por el Consejo de Seguridad de la ONU. El segundo nivel está integrado por potencias económicas como EE.UU., China y Europa. El tercer nivel se compone de potencias económicas intermedias como Arabia Saudita, Corea del Sur y Brasil, y finalmente, el cuarto nivel engloba un amplio grupo de corporaciones globales, organizaciones no gubernamentales y otros grupos no estatales (Palacios, 2011).

Ciertamente, el orden multipolar ha permitido que ganen relevancia distintos actores no estatales, como organizaciones de la sociedad civil, organismos regionales y globales o empresas transnacionales (Muñoz, 2013). Concretamente, la globalización ha favorecido la interacción de estas fuerzas no estatales y ha incidido en su agrupación. De este modo, han conseguido desarrollar una gran influencia mundial en distintos campos de interés, desde la economía hasta la política o el medio ambiente. En la actualidad, son capaces de ejercer presión para que se implementen las políticas que más les convienen, desafiando en ocasiones a los gobiernos nacionales (Muñoz, 2013). Así, la traslación del poder de actores estatales a actores no estatales es un elemento fundamental del orden internacional actual.

En cualquier caso, parece haber coincidencia en que el sistema internacional actual se estructura sobre una diversa y plural comunidad de actores. En efecto, el paisaje geopolítico del siglo XXI se asienta sobre un esquema multipolar de poder, donde un grupo de potencias globales compiten y por tanto impiden la hegemonía absoluta de alguna de ellas. Es en este complejo panorama internacional es donde se enmarca la guerra actual en Yemen, pues en ella converge esta articulación de actores. La evolución de un orden internacional unipolar a un sistema multipolar explica porqué en Yemen han sido capaces de intervenir tanto potencias tradicionalmente líderes como EE.UU., como nuevos actores globales tales que Rusia y potencias económicas emergentes como Irán o Arabia Saudí. Es este multilateralismo el que requiere entender el conflicto yemení desde una aproximación multinivel.

5. Marco Teórico

5.1 Geopolítica y poder en relaciones internacionales

Las Relaciones Internacionales pueden entenderse desde un análisis geopolítico. Jordan (2018) desarrolla un modelo teórico que combina el realismo estructural de las relaciones internacionales con la geopolítica clásica. Distingue de esta forma cuatro imperativos geopolíticos que forman parte de la estructura del sistema y determinan el comportamiento de los estados. El primero, y fundamental para conseguir el resto, consiste en alcanzar y mantener el nivel adecuado de poder relativo (Jordan, 2018). Esto es, el poder que un estado posee en comparación con otros países. En este caso, el poder se entiende como un fenómeno relacional, donde un estado A tiene poder sobre B en la medida en que consigue que B haga algo que no haría en otras circunstancias (Dahl, 1957). Así pues, el poder de un estado se mide en función de su influencia sobre otros y su capacidad para establecer las reglas del juego, como las normas jurídicas o prácticas internacionales. En este sentido, es determinante conocer el contexto en el que se va a desarrollar la actividad de un estado, pues sus recursos y objetivos solo adquieren sentido en relación con los recursos y objetivos de otro país (Barbé, 2007).

Por otro lado, la capacidad de un país de imponer sus términos sobre el resto impulsará a los estados con menos poder a aliarse para contrapesar al más poderoso. De este modo, el equilibrio de poder puede entenderse como un “equilibrio de amenaza”, donde se contrarresta el poder del estado percibido como amenazante (Walt, 1985). Si bien, ¿cuál es el nivel óptimo de poder para un estado? Desde el punto de vista del realismo defensivo, lo adecuado consiste en conformarse con un nivel aceptable, que no implique destacar a expensas de otro país. De lo contrario, éste podría reaccionar con una estrategia de contrapeso. Sin embargo, de acuerdo con el realismo ofensivo, una potencia busca la maximización de poder y por tanto asume como único nivel adecuado aquel que le permite ser superior al resto. El objetivo último es conseguir la hegemonía regional y tratar de evitar que surjan iguales, lo que les llevará a oponerse a toda potencia que interfiera en su área de influencia. El caso de Oriente Medio es un claro ejemplo de realismo ofensivo. Por un lado, Irán y Arabia Saudí compiten por la supremacía regional. Paralelamente, EE.UU. actúa en coaliciones de contrapeso frente a Irán, mientras que Rusia trata de aumentar su esfera de influencia y contener el poder norteamericano en la zona (Jordan, 2018).

Finalmente, determinado el nivel adecuado de poder el estado debe encontrar la forma de mantenerlo o incrementarlo. Para ello es crucial establecer una política de alianzas, pues son necesarias en las estrategias de equilibrio de poder y además aumentan la capacidad de influir en los acontecimientos. Del mismo modo, un estado puede intentar reducir la cuota de poder del resto, especialmente de los países rivales. Por ejemplo, fragmentando las coaliciones adversarias o alimentando indirectamente un conflicto armado donde se desangra un estado rival, como en el caso de Yemen y los saudíes (Jordan, 2018).

Una vez establecido el nivel de poder, el estado atiende al segundo imperativo geopolítico: mantener la unidad territorial. La fragmentación política o el nacimiento de otras formas de organización política al margen de la originaria son causa y consecuencia de conflictos armados internos. Es más, la debilidad del estado y el riesgo de pérdida de la unidad político-territorial son escenarios sobrerrepresentados en Oriente Medio. El incumplimiento de este imperativo tendría serias consecuencias en el plano internacional, como la pérdida de poder relativo al tener que desviar recursos a la gestión del conflicto interno. Más aún, los estados rivales pueden alentar a los grupos insurgentes con el fin de debilitar el poder relativo del país (Jordan, 2018). Por último, hay que entender que la Geopolítica atiende a un sistema con un fuerte carácter interconectivo, donde las acciones que se producen en un lugar concreto tienen su impacto sobre otros (Cairo, 2002). Así pues, un estado débil e incapaz de mantener la unidad política genera inseguridad e inestabilidad también a nivel regional e incluso global.

En cuanto al tercer imperativo geopolítico, consiste en defender las fronteras de las amenazas exteriores. La corriente realista sostiene que las relaciones entre estados no se rigen por ninguna ley o moral. Así pues, éstos conviven en una situación de anarquía internacional, donde su seguridad depende de su cuota de poder relativo (Langa Herrero, 2016). En esta línea, un estado debe poder defender sus fronteras de la fuerza de los estados revisionistas, quienes impulsarán políticas agresivas con el objetivo de alterar el equilibrio de poder en beneficio propio (Clulow, 2013).

Finalmente, Jordan (2018) destaca como cuarto imperativo el asegurar las conexiones externas. Este imperativo se verá afectado por la situación geográfica del estado. Por ejemplo, una posición central facilita la interacción con países vecinos mientras que una posición periférica la dificulta. Por otro lado, la distribución de poder vuelve a ser un factor relevante: un elevado nivel de poder relativo, y con él, una buena

política de alianzas, permite disponer de nodos geográficos que enlacen la red de conexiones (Jordan, 2018). De este modo, los cuatro imperativos están relacionados entre sí en base al aumento o disminución del poder relativo de un estado. La pérdida de poder relativo dificultaría la consecución de los tres siguientes imperativos. Este modelo evidencia la importancia del poder y de la geopolítica en el entendimiento de las relaciones internacionales, esbozando además los pilares esenciales de cualquier estrategia de defensa nacional. Principalmente, ofrece un análisis que permite entender los motivos profundos del comportamiento de los estados en su política internacional.

5. 2 Agenda Dura y Agenda Blanda

En el seno de la acción exterior de cualquier estado existen dos tipos de agendas de trabajo que, en función de las circunstancias, presentan niveles de intensidad y de prioridad claramente diferenciados (Santander & Millán, 2014). Por un lado, se puede distinguir una “agenda dura”, que integra fundamentalmente cuestiones económicas, comerciales y energéticas y por tanto tiende a concentrar el grueso de la actividad diplomática del país. Por otro lado, se distingue una “agenda blanda” conformada por un amplio conjunto de temas como la cooperación al desarrollo, la equidad internacional, la perspectiva de género o la promoción y defensa de los derechos humanos, por mencionar algunos de ellos. Esencialmente, en ella se ubican objetivos orientados al desarrollo humano. No obstante, ésta última suele relegarse a un segundo plano. Es decir, en caso de conflicto, la agenda blanda queda subordinada a las políticas duras, pues estas tienden a identificarse de forma más nítida dentro del interés nacional (Millán, Santander, Aguirre, & Garrido, 2012). Además, en diversas ocasiones esta política dura parece corresponder a intereses privados de actores con gran capacidad de influencia en la toma de decisiones. Así pues, priorizará frente a la agenda blanda, que solo puede avanzar en tanto no suponga un impedimento con la agenda dura (Millán Acevedo, 2014).

De forma genérica, el interés nacional puede entenderse como la promoción y defensa de objetivos fundamentales de un estado en el área política, económica, cultural y social. El interés nacional esencial implica garantizar la seguridad y defensa de la población, seguido de la búsqueda de poder, riqueza y crecimiento económico (Herrero de Castro, 2010). No obstante, cada corriente de las Relaciones Internacionales diferencia qué intereses deben defenderse por encima de otros. Según los principios del realismo, la política exterior de un estado debe orientarse a la definición, protección y

consecución del interés nacional, entendido solamente en términos de supervivencia y poder. De este modo, pasa a un segundo plano la preocupación por otros asuntos de la sociedad internacional. Es más, se aleja la acción de los estados de los procesos de integración supranacionales y de ideales internacionalistas (Herrero de Castro, 2010). Por otro lado, el liberalismo plantea la consecución de la paz y armonía entre las naciones como el principal interés nacional de los Estados. Igualmente, la fuerte influencia de los principios de la economía de mercado en la corriente liberal plantea un interés nacional que recae sobre las premisas liberales económicas del libre comercio y del mínimo Estado. Desde esta perspectiva, los intereses nacionales deben ponerse al servicio del bienestar y del progreso económico y político de la sociedad internacional. Solo la promoción de una democracia liberal puede erradicar los comportamientos agresivos de la sociedad internacional (Herrero de Castro, 2010).

Por tanto, si la “agenda dura” de un estado integra cuestiones de seguridad y economía, tales como la provisión energética o los acuerdos comerciales, entonces puede identificarse con la visión realista y liberal de interés nacional. En el caso de Yemen, aunque el interés nacional de las partes involucradas no está orientado a la consecución de la paz, premisa sobre la que parte el liberalismo, sí que entran en juego objetivos económicos y comerciales. Del mismo modo, la concepción realista de la política internacional es evidente en Oriente Medio, pues los actores implicados en el conflicto yemení interactúan en defensa de lo que consideran como “intereses nacionales”, orientados a afianzar su poder regional e internacional. Por todo ello, en la política exterior de estas potencias prima claramente la “política dura”, pues se ha antepuesto la búsqueda de poder político y económico a la cooperación y el desarrollo humano. La “agenda blanda” ha quedado totalmente renegada a un segundo plano, pues de lo contrario el principal objetivo internacional habría sido frenar la guerra civil de Yemen y no alimentar la rivalidad entre cada parte.

5.3 El conflicto internacional en la zona gris

El «conflicto en la zona gris», concepto incluido por primera vez en la *Quadrennial Defense Review* norteamericana en 2010, alude al espectro del conflicto político que separa la paz (blanco) de la guerra (negro). Dado que la literatura sobre la zona gris es reciente, en muchos casos no ofrece una definición explícita del concepto, pero sí señala una serie de características principales (Jordán, 2018). La zona gris se explica como un conjunto de actitudes y estrategias que no son pacíficas pero tampoco

son definibles como guerra abierta o convencional. Implica por tanto un escenario de gran ambigüedad, pues si bien dichas dinámicas no pueden calificarse como guerra, pueden ser una alternativa de ésta en busca de objetivos tan concluyentes como los característicos de una campaña militar (Baqués, 2017). En la zona gris el rol de la actividad militar puede ir desde lo simbólico, como la vulneración del espacio aéreo, hasta acciones que limitan la legalidad internacional o bordean el conflicto armado abierto. El conflicto gira en torno a intereses sustanciales, altamente valorados por quienes se adentran en la zona gris. Igualmente, las estrategias utilizadas son de implementación gradual, con objetivos a largo plazo y de carácter multidimensional. Es decir, integran distintas herramientas de poder, no necesariamente armadas: políticas económicas, diplomáticas, sociales, informacionales etc (Jordán, 2018).

El conflicto en las zonas grises puede entenderse de nuevo desde el realismo ofensivo, según el cual la competición es permanente y cada estado busca aumentar su poder relativo y evitar que surjan pares (Jordán, 2018). En esta línea, existen distintas estrategias de acción en la zona gris. Por ejemplo, respaldando a la oposición política del Gobierno adversario para agudizar fracturas o influyendo sobre la opinión pública internacional y del rival. Otra línea de acción puede ser la coerción económica a través de prácticas económicas que refuercen la presión política, así como el empleo de guerras por delegación (*proxy wars*), que consiste en apoyar militarmente a un gobierno o a un actor no estatal en contra de un rival estratégico (Jordán, 2018).

Estas estrategias han sido especialmente relevantes en Oriente Medio, donde se han producido escenarios ambiguos que forman parte de esta zona gris entre el mero conflicto social y las guerras clásicas (Rojas, 2017). Las batallas como la de Yemen, Siria o Libia, se centran en el mantenimiento de las ciudades y el control, que no dominio, del terreno (Rojas, 2017). La generación de zonas grises ha sido vinculada a estados que buscan alterar el status quo internacional vigente (Baqués, 2017). La literatura atribuye su ejercicio a potencias revisionistas tales como China, Rusia o Irán, que efectivamente presentan una clara visión geopolítica sobre Oriente Medio. Es más, el conflicto en Yemen suponía un claro ejemplo de guerra por delegación entre Irán y Arabia Saudí, pues ambos estados han respaldado a cada uno de los bandos enfrentados (Jordán, 2018). No obstante, en Yemen también ha habido una intervención militar directa, puesto que Arabia Saudí intervino finalmente en el país liderando una coalición internacional. Por tanto el caso yemení ya no se ubica dentro de este análisis, sino que ahora puede clasificarse definitivamente como una guerra internacional abierta. Aun así,

entender la relevancia de las zonas grises en los conflictos internacionales es esencial para enmarcar el caso de Yemen, pues las estrategias propias de la zona gris son otra forma más de analizar cómo se materializa la rivalidad entre estados, de estudiar las relaciones entre grandes potencias como EE.UU. y Rusia o la pugna por la primacía en Oriente Medio entre Irán y Arabia Saudí.

6. Análisis Práctico

6.1 La geopolítica de EE.UU., China y Rusia en Oriente Medio

Oriente Medio ha sido tradicionalmente una zona de gran interés geoestratégico, ya que sirve de puente entre Asia, Europa y África, entre el Océano Índico y el mar Mediterráneo, así como por la riqueza de la región en recursos energéticos. En efecto, el Medio Oriente posee más de un tercio de las reservas mundiales de gas natural y casi dos tercios de las reservas de petróleo. Así, la industria petrolera es hoy el centro de los intereses económicos occidentales en la región. Del mismo modo, controlar estos recursos energéticos está directamente ligado con el control del crecimiento de los estados que dependen del petróleo de Oriente Medio. Por ello, la región se presenta como el escenario perfecto para controlar a rivales potenciales desde distintos ámbitos, no solo económicamente (Ozkan, 2011). No sorprende por tanto que Oriente Medio haya sido y continúe siendo objeto de interés de todas las grandes potencias político-militares.

6.1.1 EE.UU. y Oriente Medio

Respecto a los EE.UU., el petróleo es uno de los principales factores que determinan la política exterior y militar norteamericana. EE.UU. es el mayor consumidor de petróleo a nivel mundial, si bien posee menos del 3% de las reservas mundiales. Esto hace que dependan enormemente de proveedores extranjeros para cubrir la demanda nacional de energía. Por ello, EE.UU. ha mantenido durante décadas una presencia militar muy costosa en Oriente Medio con el objetivo de proteger el suministro de petróleo y evitar que suba el precio del mismo. En esencia, el principio operativo de la política estadounidense es impedir que el Medio Oriente esté dominado por actores que sean hostiles a EE.UU. y sus aliados (Kern, 2006). Para ello, instalar regímenes amigos y mantener la estabilidad de la zona han sido estrategias clave, garantizando la independencia de los estados del golfo Pérsico y conteniendo la amenaza del fundamentalismo islámico (Musalem Rahal, 1998). Ello explica las

políticas de contención hacia estados como Irán e Iraq con el fin de mantener su capacidad militar al mínimo, o las alianzas establecidas con monarquías petroleras como Arabia Saudí para asegurar su presencia en la zona a cambio de protección.

Así, desde mediados del siglo pasado, la política exterior estadounidense se caracteriza por una gran influencia en el Medio Oriente, donde reafirma sus principios fundamentales de interés nacional y seguridad. Ello ha derivado en una fuerte presencia militar, con estrategias de contención y sistemas de alianzas que inevitablemente han moldeado la geopolítica de la zona. No obstante, habría que recalcar que los fracasos de algunas políticas intervencionistas de EE.UU. en la región, como el caso de Afganistán (2001) o Irak (2003) y más recientemente su indecisión en el conflicto sirio, han debilitado su poder en Oriente Medio y abierto la puerta a nuevos actores internacionales como China o Rusia (Abu-Tarbush & Granados, 2018).

6.1.2 China y Oriente Medio

En una región cada vez más multipolar, el gigante asiático está concentrado en aumentar su influencia en Oriente Medio. Ciertamente, China ha desplegado una amplia estrategia de acercamiento a la región. Después de EE.UU., es el segundo país del mundo en consumo de petróleo, si bien importa la mitad y su demanda está creciendo siete veces más rápido que la de EE.UU.. Así, China ha establecido acuerdos petrolíferos con países como Irán o Sudán, dependiendo cada vez más de los suministros de Oriente Medio. No obstante, ello no solo está influyendo en sus relaciones con los actores regionales, sino también con EE.UU.. Las actuaciones de China en Oriente Medio han despertado las alarmas en Washington, al considerarlo una amenaza para sus intereses. En efecto, la creciente presencia de China en Oriente Medio está potenciando la rivalidad entre ambos países por el suministro mundial del petróleo (Kern, 2006).

Del mismo modo, la progresiva expansión geoestratégica de China en Oriente Medio pasa por la iniciativa conocida como “One Belt One Road” (OBOR), un proyecto de infraestructura que busca impulsar una nueva “ruta de la seda” y formar así un cinturón logístico que estreche el comercio por todo el continente euroasiático. Así, una de sus nuevas líneas ferroviarias de mercancías llega a Teherán, que se plantea como el centro del continente euroasiático y por tanto, un foco logístico con influencia en toda la región de Oriente Medio (Efecom, 2016). Por último, junto con proyectos petroleros y comerciales, China está proyectando su poderío militar en la región,

prestando apoyo en conflictos regionales y afianzando su rol como exportador de armas (Marcus, 2016). Es más, de acuerdo con un informe elaborado por el *Stockholm International Peace Research Institute* (SIPRI), China ya es el tercer exportador de armas a nivel mundial, por detrás de EE.UU y Rusia. Por tanto, en su intento por encabezar el orden mundial, China se está esforzando por dejar su huella en una región tan atractiva como es Oriente Medio, si bien ello no sólo está influyendo en las dinámicas regionales sino también en su relación con grandes potencias como EE.UU..

6.1.3 Rusia y Oriente Medio

Con la desintegración de la Unión Soviética, Rusia perdió gran parte de su influencia en Oriente Medio, en gran medida debido a su incapacidad para vencer las presiones ejercidas por EE.UU.. No obstante, la política exterior rusa cambió con la llegada de Putin a la presidencia, que pretende recuperar el dinamismo que tuvo antaño en la región. En este contexto, la diplomacia rusa está prestando especial atención a Siria, hoy uno de sus mejores aliados tanto por las relaciones que están desarrollando como por las vinculaciones que Siria posee con los estados vecinos (Andrés, 2006). En efecto, el conflicto sirio ha permitido que Rusia recupere su presencia regional, obteniendo ventajas político-diplomáticas, económicas y comerciales que le han permitido ejecutar una política exterior marcada por el carácter instrumental de sus intereses nacionales (Pérez del Pozo, 2016). Así, Rusia está afianzando su posición en Oriente Medio mediante proyectos energéticos y obteniendo influencia entre las infraestructuras energéticas más prominentes de la zona. Concretamente, está tratando de influir en los precios globales del gas, al ser uno de los recursos más importantes de Rusia. Igualmente, Moscú está marcando territorio a través de la venta de armas a estados como Siria, Irán y Turquía (Fontenla, 2017). Aun así, la influencia rusa no se limita a países tradicionalmente aliados, sino también a estados bajo el radar estadounidense como Arabia Saudí e Irak. En esta línea, Rusia se alza actualmente como una potencia cada vez más fuerte y segura, que busca reafirmar su posición de gran potencia mundial y paralelamente, contener el predominio geoestratégico de EE.UU. (Abu-Tarbush & Granados, 2018).

6.2 La geopolítica de Arabia Saudí e Irán

La rivalidad entre el Reino de Arabia Saudí y la República Islámica de Irán conforma una de las realidades más características del panorama geopolítico de Oriente Medio. Durante casi cuatro décadas, la relación entre ambos países se ha caracterizado

por el enfrentamiento geopolítico y el antagonismo ideológico, en una lucha por el predominio y la influencia regional (Dazi-Héni, 2013). Su rivalidad se remonta a inicios de la década de 1980 con el triunfo de la Revolución Iraní, cuando el nuevo gobierno iraní acusó a las autoridades saudíes de “ilegítimas”. Mientras que Irán se alzaba como uno de los más influyentes Estados Islámicos y portavoz de la causa chií en el mundo, Arabia Saudí se presentaba como el referente del islam wahabí, con población mayoritariamente suní. Así, la constitución de la República Islámica en Irán elevó la competición en el campo geopolítico y de las narrativas ideológicas y religiosas. A partir de ese momento ambos estados harían uso de la retórica religiosa para justificar la legitimidad de sus gobiernos, lo que ha terminado por derivar en un conflicto sectario entre sunitas y chiitas (Moya Mena, 2018).

Aunque la voluntad iraní de exportar la revolución provocó gran inestabilidad en la región, la confrontación entre ambos actores no se vio realmente recrudecida hasta la invasión estadounidense de Iraq en 2003. Iraq servía de zona de amortiguación entre Irán y Arabia Saudí, si bien la invasión del país supuso el fin de Bagdad como poder árabe regional y por tanto ubicaba a los dos anteriores como las potencias hegemónicas de la región (Moya Mena, 2018). No obstante, la caída de Saddam Hussein, un árabe sunita, y la incapacidad de Estados Unidos de establecer un gobierno estable que lo sucediera, favoreció el ascenso de los aliados iraquíes de Irán (Dazi-Héni, 2013). Ello supuso una mayor reafirmación iraní, con una creciente ambición nuclear y apoyo continuo a actores políticos y organizaciones chiitas en Oriente Medio, todo ello percibido por Riad como una amenaza.

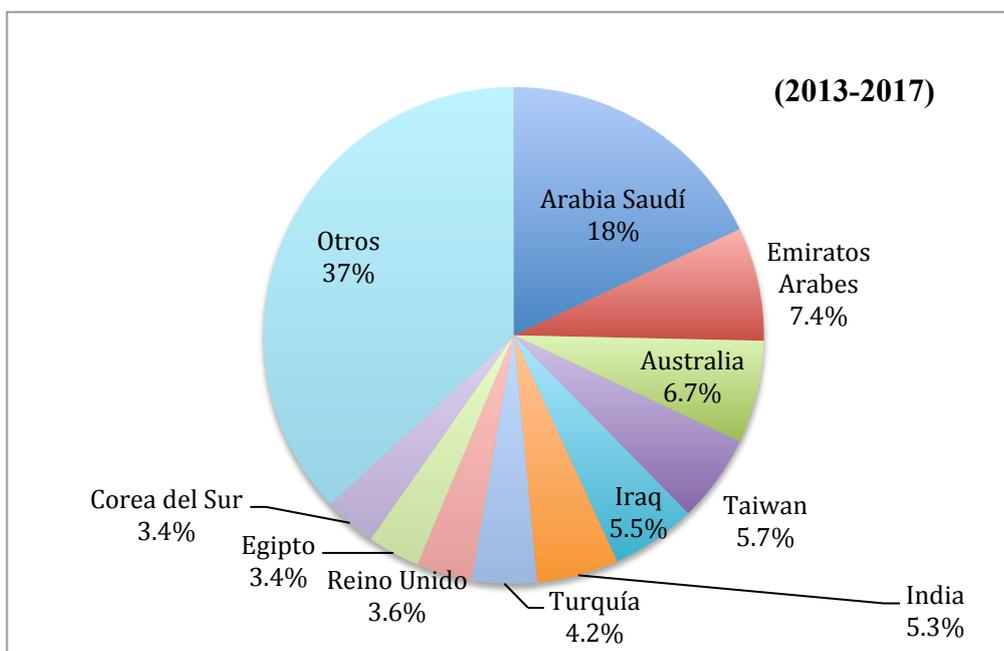
Ciertamente, el objetivo de Arabia Saudí ha sido mantener su autonomía y el *status quo* en la zona, previniendo la emergencia de actores hegemónicos regionales. Por ello, su política se ha basado tradicionalmente en intentar contener las amenazas y concretamente, el papel regional de Irán. En cambio, Irán ha buscado constantemente el cambio revolucionario en Oriente Medio (Moya Mena, 2018). Así, las Revueltas Árabes que comenzaron en 2010 no hicieron más que intensificar la pugna por la hegemonía regional entre iraníes y saudíes. La llamada Primavera Árabe desencadenó procesos de desestabilización en países como Siria o Yemen y por tanto se presentaba como el escenario perfecto para aumentar sus áreas de influencia y confrontar amenazas a su seguridad. Las revueltas han implicado no solo una guerra narrativa en la que Irán y Arabia Saudí se acusan mutuamente de desestabilizar la región, sino también en un apoyo directo a actores político-militares involucrados en conflictos internos (Moya

Mena, 2018). Desde entonces, la relación entre los dos países ha continuado en caída libre. Las crecientes tensiones y acusaciones entre Teherán y Riad han deteriorado significativamente su relación, hasta el punto de romper sus lazos diplomáticos en 2016.

6.2.1 Alianza Arabia Saudí- EE.UU.

Consciente de sus enemigos reales y potenciales en la región, Arabia Saudí se ha esforzado por buscar garantías para su seguridad externa. Por ello, ha buscado balancear las amenazas en la zona mediante el apoyo de EE.UU. (Moya Mena, 2018). En efecto, ambos países mantienen una estrecha relación desde mediados del siglo XX, cuando la búsqueda de crudo por parte de EE.UU. y la necesidad de protección del estado árabe les llevó a oficializar sus relaciones en 1945. Desde entonces, Arabia Saudí ha sido el principal aliado de EE.UU. en el golfo, con una relación principalmente basada en el acceso privilegiado al petróleo y la cooperación militar (Igalada Tolosa, 2016). Es más, esta alianza permitió que Arabia Saudí obtuviese un acceso ilimitado a los mercados internacionales de armamento, lo que convirtió al país árabe en uno de los mejor equipados de la región (Masegosa , 2018). De hecho, según el informe del SIPRI, Arabia Saudí es el mayor comprador de armas del mundo, siendo EE.UU. su principal cliente. El siguiente gráfico refleja el reparto mundial de las importaciones de armamento entre 2013 y 2017.

Gráfico 1: Reparto mundial de las importaciones de armamento



Fuente: Elaboración propia a partir del informe del SIPRI

Lo cierto es que exceptuando momentos puntuales, como la Crisis del Petróleo de 1973, su relación ha destacado durante décadas por su prosperidad. No obstante, desde la entrada del nuevo milenio, esta estabilidad se ha visto alterada. Los ataques terroristas del 11S en los que participaron quince ciudadanos saudíes, marcaron un punto de inflexión en las relaciones de Arabia Saudí y EE.UU.. Por otro lado, el mandato de Obama puso en evidencia la distancia que existía entre sus respectivos gobiernos. Los saudíes criticaron la inoperancia estadounidense ante la caída en 2011 del régimen de Mubarak en Egipto, aliado tradicional de Arabia Saudí y de EE.UU. (Igualeda Tolosa, 2016). Igualmente, su relación se enfrió con la retirada de las fuerzas americanas de Irak y con sus diferentes posturas en la guerra de Siria. Si bien fue la firma de EE.UU. del acuerdo nuclear con Irán en 2015 lo que hizo tambalear aun más las relaciones entre los dos aliados (El Espectador, 2018). El acuerdo levantaba las sanciones económicas impuestas contra Irán a cambio de que limitara el polémico programa de energía atómica que estaba desarrollando. Así, el repliegue estadounidense justo cuando Irán aumentaba su influencia regional hizo saltar las alarmas en Riad, que no solo adoptó una política exterior y de defensa más autónomas de EE.UU., sino que respondió a través del rearme y de intervenciones militares en el exterior, incrementando su presupuesto militar en un 78% entre 2008 y 2015 (Masegosa , 2018).

No obstante, la llegada de Trump a la presidencia alteraría de nuevo la política exterior estadounidense hacia Oriente Medio y con ello la relación entre EE.UU. y Arabia Saudí. El presidente republicano reafirmó su respaldo inequívoco a la política de defensa y exterior de los saudíes, con nuevos pactos económicos entre los que destaca la venta de armas estadounidenses al gobierno saudí por 110.000 millones de dólares. Desde entonces, se ha vislumbrado una nueva alianza estratégica entre EE.UU., Arabia Saudí, Israel y Emiratos Árabes Unidos, con el objetivo principal de contener a Irán. Empeñado en ahogar económicamente a Irán y promover un cambio de régimen en el país, EE.UU. se retiró del Pacto Nuclear y reimpuso las sanciones económicas contra el gobierno iraní. De este modo, se aprecia una tensión cada vez mayor entre EE.UU. e Irán, de la que Arabia Saudí es indudablemente el país más beneficiado (Masegosa , 2018).

Aun así, el asesinato el pasado mes de octubre de Jamal Khashoggi, un renombrado periodista y crítico del gobierno saudí, ha dado un nuevo giro a los acontecimientos. Las autoridades estadounidenses han acusado al príncipe heredero de

Arabia Saudí, Mhohamed bin Salman, de ordenar el asesinato del periodista. Aunque Arabia Saudí ha negado tales acusaciones y Donald Trump mantuvo inicialmente un polémico apoyo, las relaciones entre ambos países parecen haberse paralizado (Europa Press, 2019). Con todo, los acontecimientos son aun demasiado recientes como para predecir su impacto en la relación entre Arabia Saudí y EE.UU.. Aun así, no hay que olvidar que nos encontramos ante una de las alianzas internacionales más fuertes, habiendo resistido durante décadas todo tipo de desencuentros: guerras, embargos petroleros, nacionalización de activos de empresas energéticas estadounidenses etc.

6.2.2 Alianza Irán-Rusia-China

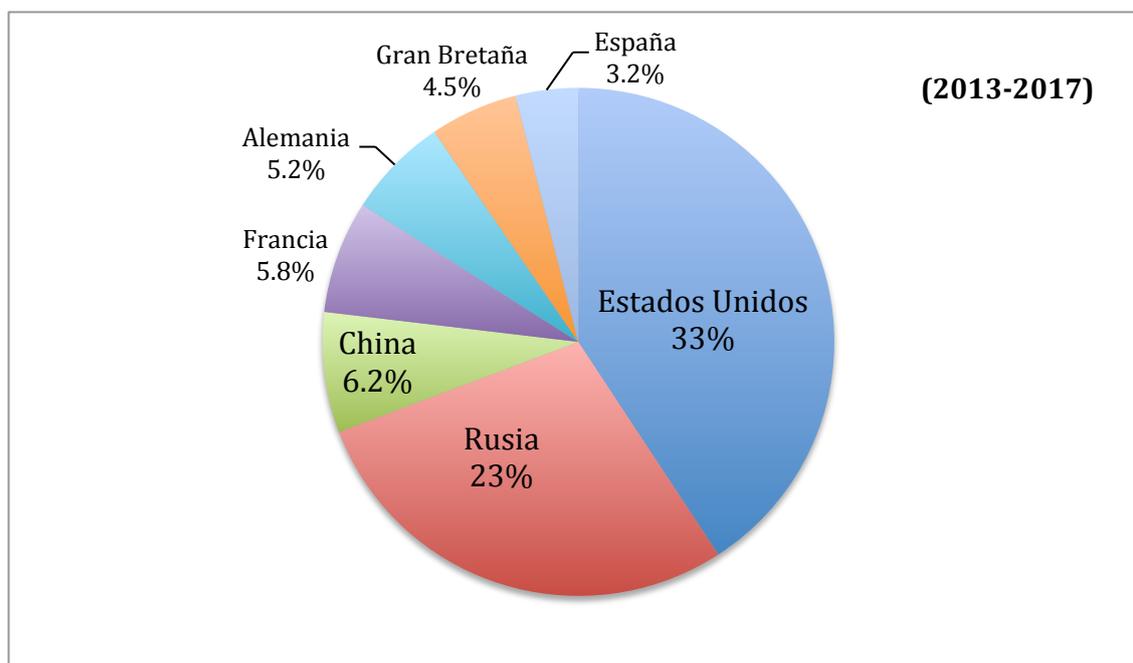
Si los saudís han buscado contrarrestar las amenazas del golfo mediante alianzas con actores externos, Irán se ha opuesto de forma sistemática a la presencia de dichos actores en el entorno de la seguridad regional (Moya Mena, 2018). No obstante, el gobierno iraní sí que ha buscado una estrategia común con potencias internacionales como Rusia. Lo cierto es que con una serie de intereses y aspiraciones comunes, ambos países han encontrado en el otro al socio perfecto para ampliar sus ambiciones económicas y geopolíticas y contrapesar el poder de EE.UU. en la zona. Así, la relación bilateral entre ambos gobiernos se ha basado durante décadas en tres cuestiones críticas: la energía nuclear, el comercio de armas y la posible proliferación, explotación y venta de hidrocarburos (Pérez del Pozo, 2016)

Respecto a la energía nuclear, Rusia e Irán establecieron sus primeros acuerdos nucleares en los años noventa. Aunque actualmente el gobierno de Putin se ha mostrado contrario a que Irán desarrolle armas nucleares, ha sido en todo momento partidario de la negociación. Así, se ha opuesto firmemente a cualquier acción militar contra el país y se ha mostrado reticente a la aplicación de las sanciones que han puesto a Irán contra las cuerdas (Marín, 2008). Es más, Rusia ha mantenido un apoyo firme a Irán frente a EE.UU., declarando que hará todo lo necesario por mantener su cooperación con el régimen iraní (Sahuquillo, 2018).

Por otro lado, Rusia es desde 1992 en el principal proveedor de armas de Irán. Este suministro continua en la actualidad y no solo está reduciendo el impacto de las sanciones internacionales, sino que de nuevo sirve para avivar los distintos conflictos del Golfo (Marín, 2008). Concretamente, Siria se ha presentado como un nexo de unión entre Rusia e Irán. Parte de la política exterior de Putin consistía en utilizar a Siria para proyectarse en Oriente Medio y ciertamente, entre Siria e Irán existen lazos muy

estrechos. En concreto, Siria es el principal punto de apoyo de Irán, que ha intervenido fervientemente en la guerra civil que se libra en el país en busca de amplios objetivos políticos y estratégicos (Moya Mena, 2018). En estas circunstancias, la intensificación de las relaciones entre Irán y Siria concede a Rusia una herramienta adicional de influencia sobre Teherán. Moscú ha desempeñado un papel clave en la estabilización de la situación militar y política en Oriente Medio, debido a sus buenas relaciones con Siria, su apoyo a Irán en la cuestión nuclear y porque la seguridad de ambos estados pasa por dotarse de un armamento adecuado, que sería suministrado por Rusia (Sanchez Andrés, 2006). El siguiente gráfico recoge los principales exportadores de armas, con Rusia como el segundo mayor suministrador.

Gráfico 2: Reparto mundial de las exportaciones de armamento



Fuente: Elaboración propia a partir del informe del SIPRI

Junto con Rusia, China es actualmente uno de los mayores exportadores de armas a nivel mundial y, aunque con distintos instrumentos de influencia y modalidades de acción, también está presente en el juego geopolítico de Oriente Medio. La cuestión Siria ha reforzado de nuevo las alianzas entre Rusia, China e Irán. Los dos primeros han firmado acuerdos comerciales y de cooperación. Igualmente, China ha mantenido su apoyo al gobierno iraní, con quien también comparte estrechos vínculos comerciales y a

quien respaldó con el acuerdo nuclear en 2015. La presencia de China en la zona, y concretamente su intervención en el conflicto sirio, busca incrementar la presión política en varios frentes y conseguir una base de operaciones geoestratégica, cerca de Irán, al sur de Rusia y al occidente de China. Así, el nuevo eje Teherán-Moscú-Beijing, dotado de un increíble poderío militar, está siendo capaz de contrapesar a EE.UU. y a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Su nueva alianza económica, política y militar está rompiendo la hegemonías tradicionales de occidente y alterando el mapa geopolítico de Oriente Medio (Leal, 2016).

6.3 El caso de Yemen

6.3.1 Contextualización del conflicto

Yemen es un estado musulmán ubicado al sur de la península arábiga, entre África y Asia, y orientado hacia el golfo de Adén y el mar Rojo, una posición estratégica para controlar el estrecho de Bab el Mandeb y por tanto los suministros de hidrocarburos de Europa y EE.UU.. El país ha estado en crisis prácticamente desde su consolidación como estado moderno en la década de los noventa, si bien desde 2014 está sumido en una guerra civil que ha desembocado en una de las peores crisis humanitarias hasta la fecha. El conflicto enfrenta al movimiento hutí, un partido político que defiende a la minoría religiosa zaidí de confesión chíi, frente a sus correligionarios musulmanes de confesión suní (Ministerio de Defensa, 2017).

El gobierno yemení comenzó a desestabilizarse con las revueltas árabes en 2011, cuando la población y las elites políticas empezaron a demandar la dimisión del entonces presidente Ali Abdullah Saleh. La autoridad política comenzó a debilitarse y pronto milicias asociadas con Al-Quaeda tomaron el poder en el sur del país. Ante los disturbios políticos y el fortalecimiento de las fuerzas terroristas, la comunidad internacional decidió intervenir en busca de un compromiso político. Así, en 2012 el vicepresidente del país, Abdu Rabbu Mansour Hadi, asumió la presidencia mientras se buscaba el consenso nacional sobre un nuevo orden político. No obstante, 2014 finalizó sin acuerdo. Fue entonces cuando el grupo hutí, apoyado por Irán y otras fuerzas aun fieles a Saleh, lanzó una ofensiva militar contra el Presidente Hadi y sus aliados. Después de que los hutíes tomaran finalmente el control del país, Hadi huyó a Arabia Saudí y apeló a una intervención internacional. Fue en ese momento cuando Arabia Saudí, liderando una coalición internacional, lanzó una ofensiva militar en Yemen para restaurar el gobierno de Hadi y expulsar a los hutíes (Sharp, 2017).

Así, puede entresverse cómo Yemen está sumido en una guerra que se desarrolla a distintos niveles. El primer nivel está relacionado con el conflicto civil que enfrenta a los grupos políticos previamente mencionados. En un segundo nivel, Yemen no es más que otro capítulo en la rivalidad que existe entre Arabia Saudí e Irán por el liderazgo del mundo musulmán. Por último, la guerra civil yemení se desarrolla en un tercer nivel de carácter más global, representado por los intereses de las grandes potencias mundiales que también han intervenido en el conflicto para combatir el terrorismo en el país y asegurar la estabilidad de una región clave para la seguridad energética internacional (Ministerio de Defensa, 2017).

En esta guerra multinivel, más de 17640 personas han muerto o han resultado heridas. Por otro lado, alrededor de 22 millones de yemeníes necesitan asistencia humanitaria para sobrevivir, de las cuales 14 millones sufren inseguridad alimenticia y dependerán de asistencia alimenticia en 2019. Igualmente, más de dos millones de personas han sido obligadas a huir, en lo que hasta la fecha es una de las más catastróficas crisis humanitarias (Amnistía Internacional, 2019).

6.3.2 Intervención saudí e iraní en Yemen

En el contexto geopolítico de Oriente Medio, Yemen se presenta como una pieza clave tanto para Arabia Saudí como para Irán. Ambos estados han decidido intervenir en la guerra civil yemení con el fin de redirigir sus intereses estratégicos. Como fiel defensor de la causa suní, Arabia Saudí se ha posicionado a favor del ex-presidente Hadi, reconocido internacionalmente. En cambio, Irán ha tomado parte por las fuerzas de la oposición y ha decidido respaldar al movimiento hutí, que considera integrado dentro del internacional chií. De este modo, Yemen enfrenta de nuevo a las dos principales potencias de Oriente Medio.

Por un lado, la inestabilidad social y política que durante décadas ha caracterizado al estado de Yemen terminó por crear una atmósfera de desconfianza con las monarquías vecinas, entre ellas Arabia Saudí. En general, la política exterior de Arabia Saudí se ha guiado siempre a través del mismo principio operativo: negar a cualquier otro país una posición de influencia sustancial (Moya Mena, 2018). En el caso de Yemen, el gobierno saudí ha empleado todos sus recursos para asegurar que el país se mantenga lo suficientemente débil como para no suponer una amenaza, pero lo suficientemente fuerte para mantener su estabilidad interna (Ministerio de Defensa, 2017).

Así, Arabia Saudí mantuvo un rol relativamente pasivo en los altercados que se sucedieron en Yemen entre 2011 y 2015. No obstante, la toma de los hutíes del territorio de Aden se consideró una hostilidad inaceptable, pues éste suponía un punto de paso clave para el comercio de hidrocarburos. Concretamente, Arabia Saudí no podía permitir que los aliados de Irán controlaran un punto tan estratégico (Ministerio de Defensa, 2017). Por ello, liderando una coalición de países del Medio Oriente y África, entre ellos Egipto, Kuwait y los Emiratos Árabes, Riad implementó la operación “Tormenta Decisiva”. Este operativo consistió en un bombardeo a las tropas hutíes, un bloqueo aéreo y marítimo y el despliegue de tropas de la coalición en todo el territorio yemení (Moya Mena, 2018).

Aun así, lo cierto es que Arabia Saudí no solo temía perder un punto de paso estratégico frente a su enemigo, sino también que su propia minoría chií estuviese tentada a llevar a cabo un levantamiento similar al que habían perpetrado en Yemen. De este modo, la operación militar tenía como objetivo frenar el avance de los aliados iraníes y la extensión a nuevos países del intervencionismo que Irán venía practicando en otros estados (Ministerio de Defensa, 2017).

Ciertamente, en el juego geopolítico de Irán, el estado yemení ha desempeñado un rol complementario al que ya jugaban Siria, Líbano o Irak. Aunque no se ha implicado directamente en las operaciones militares, Irán está interviniendo de forma indirecta mediante el envío de armas, instructores y recursos financieros para apoyar al movimiento hutí (Ministerio de Defensa, 2017). En efecto, aunque Teherán ha negado sistemáticamente cualquier tipo de apoyo, hay evidencias de que su gobierno ha respaldado financiera y militarmente a los hutíes a través de puertos controlados por los rebeldes (Moya Mena, 2018). La inestabilidad interna en Yemen se ha presentado como una oportunidad para Irán, permitiéndole amenazar el estrecho de Bab el Mandeb mientras favorece la extensión de la sublevación chií a otros estados de la península arábiga. Más importante aun, la presencia de Irán en Yemen le permite defender un segundo frente en la retaguardia de los saudís. Al estar solo indirectamente involucrado, Teherán tendría unas pérdidas limitadas en caso de derrota, si bien el simple hecho de ver a Arabia Saudí desangrarse en Yemen ya supone una ganancia relativa para Irán (Ministerio de Defensa, 2017).

De este modo, Arabia Saudí e Irán se están jugando su supremacía en Yemen, que es ya una en una pieza clave en la lucha entre ambas visiones geopolíticas. El estado yemení se ha convertido por tanto en lo que llamábamos una guerra por

delegación entre Riad y Teherán, que han aprovechado la zona gris del conflicto para apoyar política y militarmente a los actores que más perjudican a su rival. No obstante, en esta pugna por la hegemonía regional también se han visto involucrados otros actores globales que inevitablemente alteran el campo de juego.

6.3.3 Intervención de potencias mundiales en Yemen

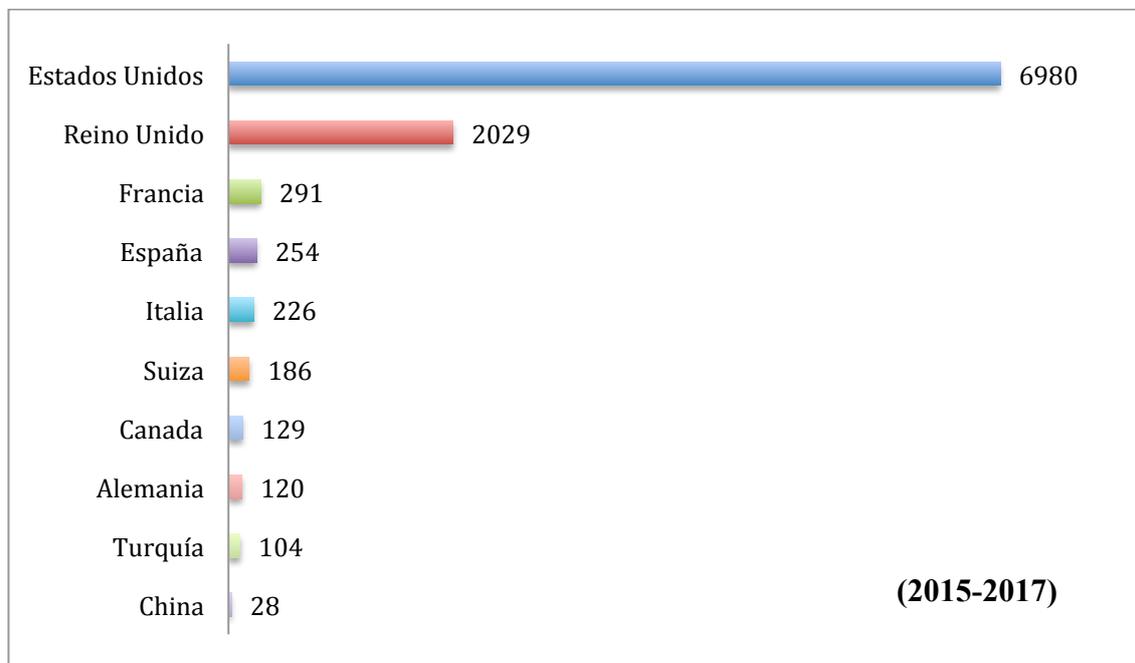
Junto con Irán y Arabia Saudí, EE.UU. ha sido el principal actor externo en intervenir en el conflicto. La delegación estadounidense ha proporcionado importantes ayudas económicas y militares con el fin de estabilizar la situación y reforzar las fuerzas de seguridad del gobierno yemení. En esencia, Yemen se presenta como un país clave en la lucha de EE.UU. contra el terrorismo (Ministerio de Defensa, 2017). Durante la administración de Obama, su estrategia antiterrorista se basó en los ataques con drones y la colaboración con las autoridades yemeníes. No obstante, tras el golpe de los hutíes en 2015, EE.UU. decidió apoyar la intervención militar liderada por Arabia Saudí. Respaldar a la coalición no solo era una forma de frenar a las fuerzas terroristas, sino también de mejorar su relación con Arabia Saudí, que en ese momento se tambaleaba tras la firma estadounidense del acuerdo nuclear con Irán (Ministerio de Defensa, 2017). De este modo, EE.UU. continuó con los ataques con drones a cambio de respaldar a la coalición con apoyo militar y adiestramiento. Aun así, Washington y Riad protagonizaron varios desencuentros respecto a la intervención de los saudíes en Yemen y aunque sin éxito, Obama trabajó de forma multilateral con la ONU en busca de un acuerdo de paz en el país (Sharp, 2017).

No obstante, cuando se reforzó la alianza entre EE.UU. y Arabia Saudí bajo la administración de Trump, también cambió la estrategia estadounidense en Yemen. EE.UU. declaró su apoyo total a los saudíes y hoy se esfuerza abiertamente por contener el respaldo de Irán hacia las fuerzas hutíes. De este modo, Trump autorizó en 2017 un aumento de los ataques aéreos (Sharp, 2017). Con todo ello, no hay que olvidar que en los intereses estadounidenses está la venta de armas. El acuerdo armamentístico firmado con Arabia Saudí sirve simultáneamente para rearmar a las fuerzas de la coalición árabe y continuar con su lucha en Yemen (Ferreruela, 2018).

Igualmente, varios miembros de la UE están contribuyendo a este rearme, pues de acuerdo con el informe desarrollado por SIPRI, estados como Francia, Reino Unido y España se posicionan también como los principales vendedores de armas o material militar a Arabia Saudí. El siguiente gráfico muestra los principales proveedores de

armamento a Arabia Saudí entre 2015 y 2017 en base al índice TIV. Este índice indica, en millones, el volumen de transferencia de recursos militares en base a los costes de producción por unidad (Moreno, 2018).

Gráfico 3: Principales proveedores de armamento de Arabia Saudí



Fuente: Elaboración propia a partir del informe del SIPRI

Además de la venta de armas, la UE apenas ha tomado parte en el conflicto, exceptuando las acciones unilaterales de países concretos. En efecto, el conflicto yemení sí que ha abierto un debate político en Occidente sobre restringir la venta de armas. De hecho, el Parlamento Europeo votó en dos ocasiones a favor de imponer un embargo a Arabia Saudí. No obstante, ello se trata simplemente de un gesto simbólico, pues tal resolución no es vinculante. Además, suspender el comercio de armas afectaría a los intereses económicos de los países suministradores (Espinosa, 2018). Así, la “agenda dura” de los estados prima sobre la guerra civil en Yemen, que no se ha considerado razón de peso para frenar la venta armamentística.

Del mismo modo, se ha expuesto previamente cómo China y Rusia también están comercializando armas con Irán, que a su vez suministra material al grupo Hutí en Yemen. Es más, aunque Rusia ha evitado la intervención directa, ha aprovechado el conflicto para actuar como defensor de las víctimas yemeníes, exigiendo el fin de la intervención saudí y reforzando por tanto su relación con Irán. De hecho, Putin ha

respaldado a Irán en su crítica contra la agresividad de Arabia Saudí e incluso en su rechazo de las acusaciones de apoyo al movimiento hutí (Ferreruela, 2018).

Con todo, los distintos intereses de las potencias globales y su diferente aproximación al conflicto ha dificultado igualmente la acción efectiva de las Naciones Unidas. Aunque parece que finalmente se han cerrado las negociaciones de paz con un alto al fuego en Yemen, lo cierto es que hasta ahora las iniciativas de la ONU han sido poco resolutivas, tanto para financiar la intervención humanitaria como para materializar en procesos efectivos sus llamamientos al diálogo y a la paz. El equilibrio geopolítico y la multipolaridad en el Consejo de Seguridad ha limitado no solo el número sino también el alcance de sus resoluciones. De los cinco miembros permanentes del Consejo, tres de ellos están especialmente involucrados en Oriente Medio. Rusia, China y EE.UU. están directa o indirectamente involucrados en las guerras que se están librando en la región. Teniendo cada uno de ellos derecho a veto, la divergencia de intereses y de alianzas dificulta el consenso y por tanto impide una acción determinante de la organización (Ferreruela, 2018).

Por tanto, vemos que además de los actores regionales, hay una serie de potencias mundiales que están participando de forma directa e indirecta en la guerra civil de Yemen. Sus estrategias e intereses particulares están condicionando el escenario geopolítico en Oriente Medio, avivando conflictos e incluso entorpeciendo los procesos de paz. Mientras tanto, Yemen se desangra en una de las más graves crisis humanitarias de la actualidad.

7. Conclusión

El conflicto de Yemen es, entre otras, una consecuencia indirecta de la nueva configuración de poder a nivel mundial. El mundo ya no está dominado por uno o dos estados, sino que el panorama internacional se presenta ahora como una compleja articulación de varios actores, un orden mundial de carácter multipolar donde los estados compiten y ejercen su influencia en distintos niveles, impidiendo así la hegemonía de alguno de ellos. Es por ello que hoy EE.UU. comparte su supremacía tradicional con nuevas potencias mundiales como China y Rusia, mientras que actores regionales como Arabia Saudí o Irán van ganando cada vez más peso en el mapa internacional.

Cada uno de estos estados actúa guiado por una serie de prioridades nacionales y ello les lleva a establecer relaciones externas, produciendo una red compleja de interacciones que en ocasiones altera el equilibrio de poder. En general, la dinámica internacional actual parece traducirse en una carrera por aumentar el poder relativo de cada estado, donde llegar a la meta pasa tanto por la cooperación como por el conflicto. La inestabilidad en Yemen es de nuevo resultado de esta articulación de intereses e interacciones entre los miembros de la comunidad internacional. Concretamente, deriva de la relación entre EE.UU., Rusia, China, Arabia Saudí e Irán y las ambiciones geopolíticas de cada uno de ellos.

Además de sus divisiones internas, Oriente Medio se ha convertido en el nuevo escenario de lucha entre EE.UU., China y Rusia. El atractivo económico de la región ha captado la mirada de los dos últimos, si bien EE.UU., tradicionalmente influyente en la zona, se esfuerza por mantener su posición privilegiada y contener a sus dos nuevos competidores. En su estrategia por conseguir y mantener un poder relativo en la región, ha sido esencial establecer sistemas de alianzas. Así, EE.UU. se ha apoyado tradicionalmente en Arabia Saudí, actor clave en Oriente Medio, mientras que Rusia y China han encontrado en Irán las puertas al resto de la región. Mantener apoyos en la zona les ha permitido expandir sus áreas de influencia y encaminar sus ambiciones políticas, económicas, comerciales y de seguridad.

No obstante, Arabia Saudí e Irán tienen a su vez sus propios objetivos. En una lucha con un gran componente ideológico, ambos países compiten por la hegemonía

regional, para lo cual estas alianzas externas están jugando un rol de contrapeso fundamental. Los esfuerzos de Trump por contener a Irán son clave para Arabia Saudí, si bien la repercusión para el gobierno iraní es menor gracias a la actitud de Rusia. Sin embargo, en esta rivalidad entre Arabia Saudí e Irán, la guerra civil de Yemen se enmarca dentro de una estrategia regional concreta, aquella orientada a alimentar los conflictos donde se desangra el estado rival. Ambos actores han aprovechado la zona gris que caracteriza a algunas regiones de Oriente Medio y concretamente la inestabilidad política de Yemen, para intervenir en el conflicto cada uno respaldando a un bando concreto. Así, aunque la guerra se desarrolle en territorio yemení, la derrota de un grupo u otro implicaría a su vez la derrota de Arabia Saudí o de Irán, definiendo la balanza de poder en favor del estado ganador.

No obstante, el principal problema es que entre las justificaciones para la intervención de estos dos estados en Yemen, destaca el amplio apoyo internacional recibido, principalmente dado el sistema de alianzas establecido. En base a contener a Irán, preservar su relación con Arabia Saudí y sus intereses de seguridad, EE.UU. ha favorecido el despliegue militar de los saudíes en Yemen. Por otro lado, Rusia tampoco ha frenado el conflicto al respaldar el rechazo de las acusaciones de apoyo iraní al movimiento hutí. Igualmente, EE.UU., Rusia, China y distintos estados europeos continúan avivando el conflicto de forma indirecta al suministrar armas y material militar. Así, todos ellos se están guiando por su “agenda dura”, pues aun sabiendo que sus acciones están repercutiendo en un conflicto armado con consiguientes víctimas mortales, han antepuesto la búsqueda de poder político y económico a cualquier iniciativa de paz, cooperación y desarrollo humano. Es más, la divergencia de sus intereses geopolíticos ha entorpecido la acción resolutoria de la ONU y del Consejo de Seguridad, cuya responsabilidad primordial es la de mantener el orden y la paz mundial.

Por tanto, vemos que la estructura multipolar del sistema internacional y la geopolítica global están determinando un conflicto aparentemente nacional. Esa interacción entre actores converge en Yemen, sumido en una guerra civil que debe entenderse inevitablemente desde una aproximación multinivel. Los bandos nacionales involucrados en el conflicto están apoyados por estados regionales más fuertes que ven en Yemen una oportunidad para conseguir sus ambiciones geopolíticas. No obstante, la estrategia de estos actores regionales está a su vez condicionada por su relación con potencias internacionales, que intervienen igualmente en Oriente Medio guiados por sus propios intereses nacionales. Así, la política exterior de todos estos actores está

afectando a la estabilidad de Yemen, alterando a su vez las relaciones de poder y el juego geopolítico en Oriente Medio.

De este modo, para comprender realmente el conflicto yemení es fundamental entender el entorno en el que se enmarca y los objetivos geopolíticos de las partes involucradas. En un sistema interconectado, cada actor cuenta con unas prioridades que le harán inevitablemente interactuar con otros estados del campo internacional, tanto con aquellos con los que encuentre una estrategia común como con los que interfieran en la consecución de la misma. Es por ello que en ocasiones esta interacción puede derivar en conflicto. El análisis geopolítico es por tanto determinante en el entendimiento de las relaciones internacionales y del comportamiento de los estados. Así, aunque este análisis se ha aplicado a la guerra civil de Yemen, serviría igualmente para explicar otros conflictos internacionales como el de Siria o Iraq, que han seguido una dinámica similar, o incluso extrapolarse a otras zonas geográficas fuera de Oriente Medio. Por último, hay que recalcar que en estos desencuentros o tensiones internacionales, las repercusiones serían mucho menores si los estados accedieran a priorizar esa agenda “blanda” y anteponer la cooperación y promoción de la paz a cualquier otra iniciativa orientada a aumentar su poder. Hasta entonces, las ambiciones geopolíticas de los países seguirán alimentando guerras y crisis humanitarias como la que se está viviendo en el estado de Yemen.

8. Bibliografía

- Abu-Tarbush, J., & Granados, J. (2018). La política exterior de Rusia en Oriente Medio: su intervención en Siria. *Revista Electrónica de Estudios Internacionales* (35), 1-41.
- Amnistía Internacional (14 de 03 de 2019). Yemen: la guerra olvidada. *Amnistía Internacional*. Recuperado el 26 del 03 de 2019 de <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2015/09/yemen-the-forgotten-war/>
- Andrés, A. S. (2006). Boletín ElCano. *Las relaciones económico-políticas de Rusia con Siria y su impacto sobre Oriente Medio* (80), 5.
- Baqués, J. (02 de 2017). *Instituto Español de Estudios Estratégicos*. Recuperado el 11 de 03 de 2019, de Hacia una definición del concepto "Gray Zone" (GZ): http://www.ieee.es/en/Galerias/fichero/docs_investig/2017/DIEEEINV02-2017_Concepto_GaryZone_JosepBaques.pdf
- Barbé, E. (2007). *Relaciones Internacionales*. Madrid: Tecnos.
- Cairo, H. (2002). El retorno de la geopolítica: nuevos y viejos conflictos bélicos. *SOCIEDAD Y UTOPIA: Revista de Ciencias Sociales*, (19), 202-228.
- Clulow, G. (2013). Una visión introductoria a los principios del realismo político. *Letras Internacionales* , 7 (174), 1-40.
- Cuéllar Laureano , R. (2012). Geopolítica. Origen del concepto y su evolución. *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM* (113), 59-80 .
- Dahl, R. A. (1957). The Concept of Power. *Behavioral Science* , 2 (3), pág. 201.
- Dazi-Héni, F. (2013). Arabia Saudí contra Irán: un equilibrio regional de poder. *AWRAQ*, (8), 23-35.
- Efecom. (06 de 02 de 2016). China aumenta su influencia en Asia Central y Oriente Medio con un tren a Teherán. *El Economista*. Recuperado el 11 de 03 de 2019, de: <https://www.eleconomista.es/economia/noticias/7332167/02/16/China-aumenta-su-influencia-en-Asia-Central-y-Oriente-Medio-con-un-tren-a-Teheran.html>
- El Espectador. (22 de 10 de 2018). ¿Por qué Estados Unidos es tan amigo de Arabia Saudita? *El Espectador*. Recuperado el 12 de 03 de 2019, de <https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/por-que-estados-unidos-es-tan-amigo-de-arabia-saudita-articulo-819444>
- Espinosa, A. (16 de 09 de 2018). La guerra de Yemen cuestiona las ventas de armas a Arabia Saudí. *El país*. Recuperado el 18 de 03 de 2019 de https://elpais.com/internacional/2018/09/14/actualidad/1536914052_799715.html

- Europa Press. (19 de 01 de 2019). Las relaciones entre EE.UU. y Arabia Saudí están paralizadas por la figura del príncipe heredero Bin Salmán. *Europa Press*. Recuperado el 11 de 03 de 2019, de <https://www.europapress.es/internacional/noticia-relaciones-EE.UU.-arabia-saudi-estan-paralizadas-figura-principe-heredero-bin-salman-20190119093627.html>
- Ferreruela, A. S. (196 de 2018). Yemen: un conflicto sin final. *Cuadernos de Estrategia*, (196),147-194.
- Fontenla, A. (30 de 09 de 2017). Rusia expande su influencia en Medio Oriente con la venta de armas e inversiones petroleras. *El Diario*. Recuperado el 11 de 03 de 2019, de https://www.eldiario.es/internacional/Rusia-influencia-Medio-Oriente-inversiones_0_692231249.html
- Gil Pérez, J. (2013). Implicancias del desplazamiento del centro del poder geopolítico en dirección Asia-Pacífico, desde la perspectiva de la Unión Europea. *Centro de Estudios e Investigaciones Militares*. Recuperado el 26 de 03 de 2019, de http://www.ieee.es/Galerias/fichero/OtrasPublicaciones/Internacional/CESIM-IEEE_ImplicanciasDesplazamientoPoderGeopoliticoAsia-Pacifico.pdf
- Grautoff Laverde, M., Chavarro Miranda, F. (2009). Geopolítica, poder y capacidad nacional: una aproximación econométrica. *Criterio Libre*, 7 (10), 13-49.
- Guerrero Sierra, H. (2012). Los conflictos interestatales contemporáneos: una aproximación a sus causas estructurales. *Equidad Desarro*, (18), 107-119.
- Haass, R. (2008). La era de la no polaridad. Lo que seguirá al dominio de Estados Unidos. *Foreign Affairs Latinoamérica* , 8 (3), 66-78.
- Herrero de Castro, R. D. (2010). El concepto de interés nacional. En *Evolución del concepto de interés Nacional* (págs. 17-38). Instituto Español de Estudios Estratégicos.
- Hocking, B. & Smith, M. (1990). *World Politics. An introduction to International Relations*. Nueva York. Harvester Wheatsheaf.
- Igualada Tolosa, C. (2016). La relación de Estados Unidos y Arabia Saudí: evolución y motivos de su desgaste. *bie3: Boletín IEEE* (4), 558-572.
- Jordán, J. (2018). El conflicto internacional en la zona gris: una propuesta teórica desde la perspectiva del realismo ofensivo. *Revista Española de Ciencia Política* (48), 129-151.
- Jordan, J. (2 de 02 de 2018). Un modelo de análisis geopolítico para el estudio de las relaciones internacionales. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*. Recuperado el 14

de 02 de 2019, de http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_marco/2018/DIEEEM04-2018_Geopolitica_RRII_JavierJordan.pdf

Kern, S. (2006). Cómo la demanda de petróleo determina la política exterior estadounidense. *Boletín Elcano* (83), 10.

Khana, P. (2008). *The Second World: Empires and Influence in the New Global Order*. New York: Random House.

Korany, B. (1984). *La crise des relations internationales: vers un bilan. Etudes Internationales*, 15 (4), pág. 751.

Langa Herrero, A. (2016). Relaciones de poder y guerra. *Política y Sociedad*, 53 (2), págs. 603-620.

Leal, P. J. (06 de 09 de 2016). Rusia-China-Irán; Una alianza destinada a romper hegemonías. *Instituto Humanitas Unisinos*. Recuperado el 14 de 03 de 2019, de <http://www.ihu.unisinos.br/161-noticias/noticias-espanol/559758-rusia-china-iran-una-alianza-destinada-a-romper-hegemonias-ihu-adital>

López Villafañe, V. (2005). El mundo unipolar y las contradicciones y límites de la globalización. *CONfinés relacion. internaci. ciencia política*, 1 (1), 31-49.

Mahbubani, K. (2018)¿ Cómo debería entender occidente el nuevo orden mundial? *Anuario Internacional CIDOB*, 14-22.

Marcus, J. (08 de 03 de 2016). Los países que más venden armas en un mundo sacudido por los conflictos. *BBC*. Recuperado el 11 de 03 de 2019, de https://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/03/160306_armas_venta_exportadores_importadores_guerras_conflictos_mr

Marín, J. (2008). Los actores externos y su influencia en Oriente Medio. *Cuadernos de estrategia* (139), 143-186.

Masegosa, J. L. (10 de 10 de 2018). Claves del conflicto entre Arabia Saudí e Irán. *Grupo de Estudios en Seguridad Internacional (GESI)*. Recuperado el 13 de 03 de 2019, de <http://www.seguridadinternacional.es/?q=es/content/claves-del-conflicto-entre-arabia-saud%C3%AD-e-irán>

Millán Acevedo, N. (2014). La Coherencia de Políticas para el desarrollo en España. *Revista Iberoamericana de Estudios de Desarrollo*, 3 (2), 6-25.

Millán, N., Santander, G., Aguirre, P., & Garrido, A. (2012). *La coherencia de políticas para el desarrollo en España. Mecanismos, actores y procesos*. Madrid: 2015 y más.

Ministerio de Defensa. (2017). Panorama Geopolítico de los Conflictos 2017. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*. Recuperado el 13 de 03 de 2019 de

http://www.ieee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama_Geopolitico_Conflictos_2017.pdf

Moreno, G. (2018). España, uno de los principales proveedores de armamento a Arabia Saudí. *Statista*. Recuperado el 26 de 03 de 2019 de <https://es.statista.com/grafico/15851/mayores-exportadores-de-armas-a-arabia-saudi/>

Moya Mena, S. (2018). Irán y Arabia Saudí, rivalidades geopolíticas y escenarios de confrontación. *OASIS* (27), 47-66.

Muñoz, Patricio. (2013). La influencia de los actores no estatales en el sistema internacional. *Revista Afese* (58), 100-112.

Musalem Rahal, D. (1998). La política exterior de Estados Unidos en el Medio Oriente. *Política y Cultura* (10), 167-183.

Ozkan, M. (2011). El Oriente Medio en la política mundial: un enfoque sistémico. *Estudios Políticos* (38), 99-120 .

Palacios, J. J. (2011). El orden mundial a inicios del siglo xxi: orígenes, caracterización y perspectivas futuras. *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad* , 15 (52), 225-265.

Patiño Villa, C. A. (2011). De la bipolaridad al fracaso de la unipolaridad. *Analecta política* , 1 (1), 33-61.

Pérez del Pozo, M. (2016). La política exterior de Rusia en Oriente Medio. ¿Continuidad y cambio? *Revista UNISCI*, (41), 139-162.

Ramírez Moreno, R. (2006). Globalización ¿interdependencia y cooperación? *Diálogo de Saberes*, (24), 167-180.

Reinel Sánchez, J. (2004). UNA RESPUESTA A LA PREGUNTA “¿QUÉ ES LA GUERRA?”. *Aposta: Revista de ciencias sociales*, (6), 2-28.

Rocha Valencia, A., & Morales Ruvalcaba, D. E. (2008). El Sistema Político Internacional de post-Guerra Fría y el rol de las potencias regionales mediadoras. *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad* , 15 (43), 23-75.

Rojas Aravena, F. (2002). La política de Bush y el unilateralismo radical. *Papeles* (80), 63-70.

Rojas, E. S. (2017). Nuevas Guerras y conflictos en "zonas grises". *Revista Española de Defensa*, (337), 50-52.

Sahuquillo, M. R. (3 de 11 de 2018). Rusia mantendrá su comercio con Irán pese a las sanciones de Estados Unidos. *El País*. Recuperado el 13 de 03 de 2019, de https://elpais.com/internacional/2018/11/03/actualidad/1541252278_335512.html

Sanchez Andrés, A. (2006). Las relaciones económico-políticas de Rusia con Siria y su impacto sobre Oriente Medio. *Boletín Elcano*, (80), 5.

Santander, G., & Millán, N. (04 de 10 de 2014). Los derechos humanos y la política diplomática española, ¿falsos amigos? *El Diario.es*. Recuperado el 14 de 02 de 2019, de https://www.eldiario.es/desalambre/derechos-humanos-politica-diplomatica-espanola_0_309719996.html

Schnake Gálvez , A. (2010). Multipolar Order in the 21st Century: Global and Regional Effects . *Revista Encrucijada Americana*, (1), 19-41 .

Sharp, J. M. (2017). Yemen: Civil War and Regional Intervention. *Congressional Research Service*. Recuperado de http://www.forumarmstrade.org/uploads/1/9/0/8/19082495/crs_yemen_report_march_2017.pdf

Urdiales Viedma, M. E. (2008). Diez años de cambios en el Mundo, en la Geografía y en las Ciencias Sociales, 1999-2008. Actas del X Coloquio Internacional de Geocrítica. *Transición hacia un nuevo orden geopolítico mundial en el umbral del siglo XXI*. Barcelona: Geocrítica.

Villarejo, E. (2018) Informe SIPRI: ¿qué países son los mayores importadores y exportadores de armas? *ABC*. Recuperado de <https://abcblogs.abc.es/terra-mar-aire/industria-de-defensa/sipri-importadores-exportadores-armas.html>

Walt, S. M. (1985). Alliance Formation and the Balance or World Power. *International Security* , 9 (4), págs. 3-43.

Wohlforth, W. (2009). Unipolarity, status competition, and great power war . *World Politics* , 62 (1), 28–57 .